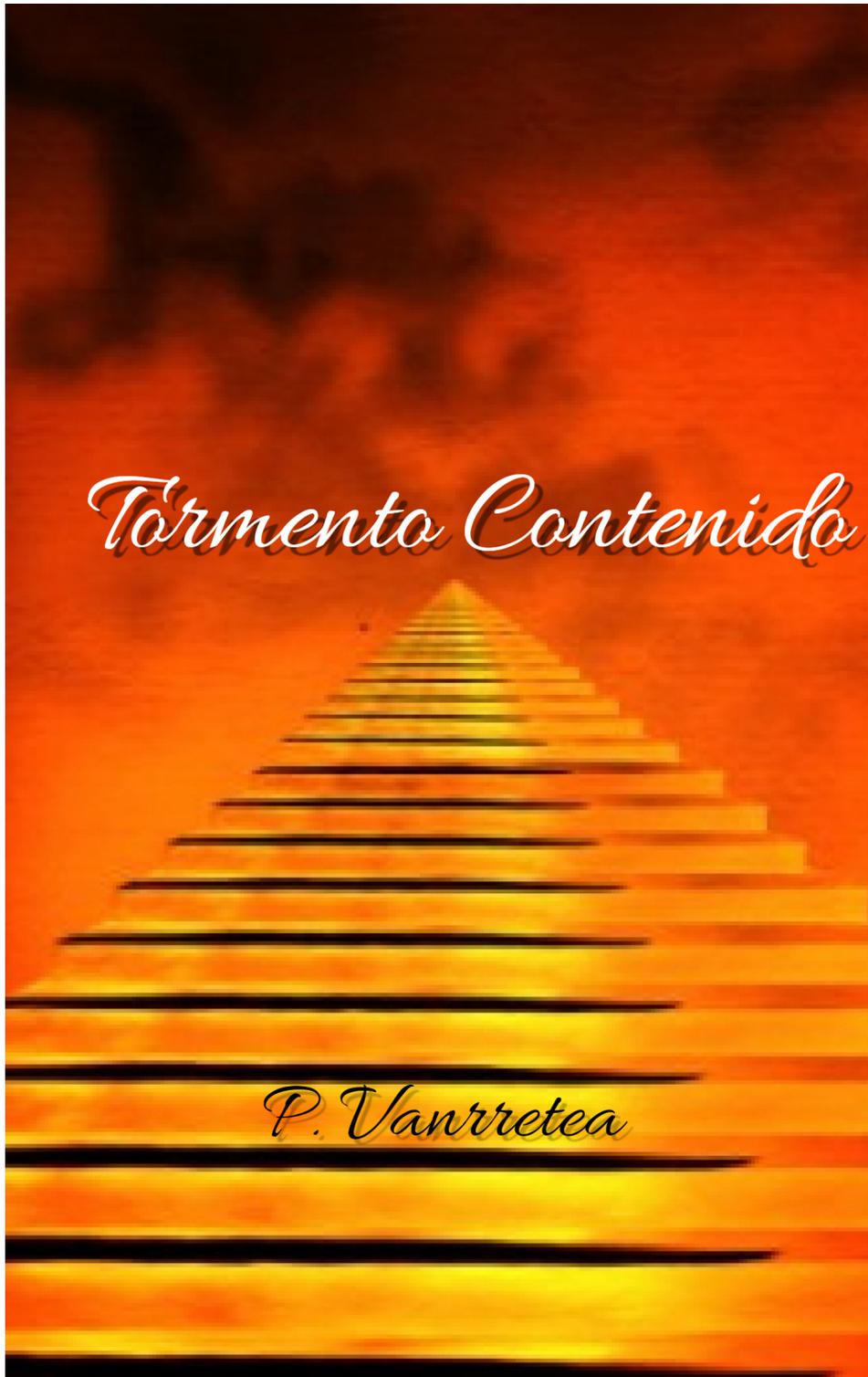


Tormento Contenido (Editado)

P.Vanrretea (Annisa)



Capítulo 1

Tormento Contenido

El cielo estaba gris. Era como si en las nubes se estuviera desatando la peor batalla entre ellas. Las diferentes tonalidades grises hacían pensar que en cualquier momento comenzaría a desatarse el infierno en la tierra. El viento congelado calaba hondo entre las ramas desnudas de los árboles, provocando que la escena se viera aún más desolada y fría. Cualquiera que rondara por aquel camino sería testigo de aquella escena tan devastadora. De un instante a otro, la lluvia comenzó a caer estrepitosamente contra el suelo, haciendo imposible mirar más allá de un par de metros. Solo el tono verdoso y opaco de los pinos intentaban darle color a la imagen, pero no era suficiente. La carretera se mojó rápidamente, provocando que el asfalto se tornara peligroso para cualquier persona que decidiera transitar por aquel lugar.

Tal vez el destino jugó en contra aquella mañana, puesto que en la desoladora carretera se vio a lo lejos un pequeño destello rojo que se acercaba a gran velocidad. Conforme caía la densa cortina de lluvia, se acercaba un Toyota Corolla del año que a simple vista superaba con creces el límite de velocidad permitido en la zona. En su interior iba Javier, un hombre de 30 años quien conducía de forma desenfrenada. En su mente, solo pensaba que necesitaba escapar de la realidad, no soportaba estar viviendo ahí.

Los recuerdos poco a poco estaban volviendo a su mente y no le gustaba para nada. Tanta era su desesperación, que no le extrañó que en pleno trayecto comenzara a caer un terrible aguacero, de hecho, lo tomó como una señal divina. No había nada mejor que describiera lo que estaba sintiendo en su interior que la intensa lluvia. Intentando alejar aquellos recuerdos decidió poner la radio para intentar despejar su cabeza. Sin embargo y como si fuera una cruel broma, la música que comenzó a sonar se trataba de "*La obligación del primer mandamiento*" de Mozart. Inmediatamente, miles de imágenes de su niñez se agolparon en su cabeza provocando que perdiera la concentración en el camino. Javier no fue consciente de que entraba a una curva cerrada por lo que perdió el control del vehículo, haciéndolo caer por un barranco al costado de la carretera.

Cuando abrió los ojos no sabía cuánto tiempo había pasado. Tenía la vista desenfocada provocándole muchos mareos y ganas de vomitar. Quiso moverse, pero no pudo lograrlo debido al dolor intenso que sentía en todo

el cuerpo. Además, el auto, que había aterrizado con el costado izquierdo, estaba completamente abollado. Debido a la posición de la caída, Javier había recibido todo el impacto del accidente. Al haberse destrozados los vidrios, oía el sonido de la lluvia intensamente, no obstante, y por algo completamente inexplicable, la música continuaba sonando. Dejándose envolver por ella, cerró los ojos mientras comenzaba su recorrido al pasado.

Tenía 10 años, y con una infancia difícil, se refugió en la entidad que más confianza y amor le brindó a él y a su madre antes de que esta falleciera, la iglesia. Desde que tuvo memoria siempre pasó penurias junto a su progenitora. La falta de dinero y de un techo estable fue la constante que marcó sus vidas. Quedar completamente solo fue la gota que rebalsó el vaso. Pensó que no lograría sobrevivir en aquel mundo, pero el padre Ricardo estuvo junto a él en todo momento... hasta que cumplió los 13 años.

Nadie prepara a las personas para un golpe de estado, ni siquiera Dios y sus lecciones en la biblia. Por lo que ocurrió aquel día fue algo que lo marcó para siempre. Después de la desaparición inexplicable del padre Ricardo, se le dio la oportunidad de quedarse en la iglesia a la espera de la llegada de un nuevo sacerdote. Cuando conoció al padre Carlos, jamás llegó a imaginar que, hasta entonces lo que él conocía como su hogar, se transformaría en el mismo infierno.

Solo alcanzó a tener un año de paz en la iglesia junto al padre Carlos antes de comenzar a vivir aquel calvario. La primera vez era de noche, la iglesia permanecía cerrada de acuerdo al toque de queda que había en la ciudad. Después de la última misa a las 7 de la tarde, el padre Carlos le pidió que se reuniera con él en su oficina. Extrañado por la petición del sacerdote, lo siguió en silencio. Al estar en la oficina del párroco, Javier comenzó a observar todo a su alrededor. La oficina no era grande ni tampoco había sufrido modificaciones desde la ausencia del padre Ricardo. Permaneció de pie detrás de una silla mientras que el padre Carlos se acercaba a una antigua vitrola. Segundos más tardes comenzó a sonar una música de ambiente que jamás había oído.

"*La obligación del primer mandamiento*" le había señalado el padre Carlos. Desde la entrega de los 10 mandamientos a Moisés, los seres humanos se han tenido que someter a estas grandes reglas impuestas por Dios, le señaló. Mientras le indicaba que tomara asiento, le comenzó a dar una cátedra sobre el primer mandamiento que todos debían cumplir, amar al Señor por sobre todas las cosas. Javier escuchaba atento a las palabras del padre, pero si era sincero, no entendía las razones del por qué lo mencionaba. ¿Acaso quería decirle que debía ser más activo en la iglesia? En su tiempo libre, y cada vez que podía, le ayudaba a mantener el orden de la parroquia y de sus alrededores, pero era todo lo que podía hacer. Por decreto del nuevo gobierno, todos los niños debían volver a la escuela

en los horarios establecidos, o sino corrían el riesgo de ser llevados por los soldados.

Le bastó un par de minutos más en la compañía del padre Carlos para darse cuenta de lo que quería decir al amar a Dios. Mientras continuaba con su discurso, se acercó a él y le tomó una de sus manos para ponerlas en sus muslos de una forma extraña. Aquella acción le causó incomodidad y en un rincón de su cerebro le lanzó la alerta de que aquello era algo malo; sin embargo, Javier no retiró su mano. Confundido por las palabras del padre Carlos y por sus acciones decidió permanecer en la oficina.

Con los años hizo cosas que le incomodaban, pero el padre Carlos tenía un excelente poder de convencimiento sobre él. Le aseguraba que todo lo que hacían juntos era con la venia del Señor, y que era su voluntad. Pasó años sometido a esa situación viviendo en silencio aquel tormento. No fue hasta que cumplió los 15 años, cuando por fin logró comprender lo que le estaba ocurriendo. Avergonzado, se alejó de aquella iglesia que por años creyó que era su hogar. Ahora solo era un recuerdo mancillado del primer año que vivió ahí junto a su madre y con el padre Ricardo.

Cuando Javier abrió los ojos, la lluvia continuaba cayendo. En esta ocasión ni siquiera intentó moverse. El frío de la lluvia y el viento le caló tan profundo que podía estar congelándose y no se daría cuenta. Los recuerdos fueron pasando por su cabeza rápidamente como si fuera una película. Él, a los 13 años, acariciando las partes íntimas del padre Carlos; a los 14, desnudo mientras era masturbado por el padre cuando sonaba la misma canción de Mozart de fondo; a los 15, huyendo del aquel infierno con solo lo puesto. Todo ese tiempo, intentó esconder aquellos recuerdos en el lugar más recóndito de su mente, pero al escuchar aquella canción otra vez, provocó la liberación de todo.

Ya no le importaba nada. Por años, intentó escapar, pero se dio cuenta que jamás lo logró. Cuando por fin se convirtió en adulto, se dio cuenta que las acciones del padre Carlos eran obra de una mente enferma. Sin embargo, estaba seguro que, si se atrevía a hablar, nadie le creería. A pesar de que el padre Carlos ya estaba muerto, para muchos, dentro de la comunidad católica, fue un sacerdote ejemplar; y ahora que él estaba en aquel barranco, con su auto totalmente destruido, esa cruel historia se quedaría olvidada para siempre.

Sintiéndose cada vez más cansado, Javier comenzó a observar el cielo. ¿Lo perdonaría Dios? A pesar de haber sufrido tanto con los abusos de uno de los que se consideraba ser su pastor, Javier continuó creyendo en él. Su fe se mantuvo intacta. Con ese último pensamiento cerró los ojos mientras que "La obligación del primer mandamiento" de Mozart llegaba a su fin.

No muy lejos del lugar del accidente, dos adolescentes de 15 años aproximadamente se fueron acercando.

—¿Estás seguro de lo que escuchaste? —preguntó Francisco a Nicolás dubitativamente. —Con esta tormenta es normal oír ruidos.

—No fue un ruido. Estoy seguro que se trató de un auto que intentó frenar.

—Pues en el asfalto no se distinguen las marcas.

—Debe de ser porque esta mojado.

—No lo creo... cuando el neumático se quema en el pavimento las marcas que quedan no se van tan fácilmente.

Conforme iban discutiendo, más se acercaban a la curva donde Javier había tenido el accidente.

—Oye, en serio creo que esto no nos lleva a ninguna parte. Lo único que hay en esta vieja carretera son los árboles, el barranco que hay a un costado y esa vieja ermita.

—¿Ermita? Jamás la había visto.

—Ahí está. Es muy vieja... creo que tiene más 20 años... ¡Oye! ¿A dónde vas?

Nicolás se acercó con paso acelerado a la ermita. Cuando Francisco la mencionó sintió gran impulso por averiguar de quien se trataba.

Al llegar, notó que estaba bastante deteriorada por el paso de los años. El musgo estaba por todas partes arruinando por completo la poca pintura blanca que tenía. Se inclinó para apreciarla con detenimiento.

Javier Felipe Méndez Méndez

* 04-09-1960

□08-10-1990

—Hoy se cumplen... 28 años de su muerte.

—Bueno... tal vez el ruido que escuchaste se trataba de Javier —contestó Francisco escépticamente.

Nicolás chasqueó la lengua en señal de protesta por el comentario de su amigo. Francisco nunca se había caracterizado por ser muy respetuoso.

Sintiendo pena por la muerte de Javier, se arrodilló ante la ermita y comenzó a rezar para que donde fuera que estuviera aquel hombre, lograra descansar eternamente.

FIN

Nota del autor: Inspirado en los abusos cometidos por la iglesia católica que han prescritos tanto por los tribunales de justicia como por los tribunales de la vida.